

## El interior de una familia.

Después de que la criada hizo sus compras volvió á la casa donde servía y se ocupó en sus tareas diarias sin acordarse más de la carta de Mauricio, que llevaba en el seno, que de la primera tablilla de chocolate que se cogió en su vida.

La familia á que Luisa pertenecía era una de las pocas que pueden llamarse felices, relativamente hablando.

Su padre, poseedor de tres ó cuatro casas que le producían lo necesario para vivir, si no con lujo, al ménos con comodidad, se ocupaba además en llevar los libros de una casa de comercio, por una regular retribución; era franco sin ser manirote, y por consiguiente, la familia disfrutaba de todos aquellos placeres que proporciona una fortuna, que sin ser inmensa, es bastante no solamente para todas las necesidades de la vida real, sino que permite que se emplee algo en esas mil fruslerías que

todos designan con el nombre de *lo superfluo*, y que son, sin embargo, una necesidad para algunas gentes.

Casado con la primera mujer á quien había amado, cosa no muy comun en la historia de las sociedades modernas, el Sr. D. Jorge Franco, que así se llamaba el padre de Luisa, jamás había tenido disgustos fuertes en su matrimonio, porque no merecían ese nombre las ligeras nubes que por un momento habían velado su dicha matrimonial para desaparecer en el acto.

Doña Luisa, su esposa, madre de la hechicera polluela que hacia el encanto y la desesperación de Mauricio, era una señora completa; dulce de carácter, económica por naturaleza sin degenerar en mezquina, hacendosa, buena para sus inferiores, á quienes sabía disimular sus defectos, amando á su marido más aun que el primer día de su matrimonio, era el tipo de la mujer casada, el verdadero ángel del hogar.

Ambos esposos, sin más hijos que Luisa, se veían en aquella niña, á la que daban la mejor educación posible; y cuando en esas conversaciones íntimas del hogar hablaban del porvenir de su hija, que los ocupaba incesantemente, no podían acostumbrarse á la idea de que un extraño, armado de un amor más ó ménos sincero, pero que nunca podría guardar comparación con el inmenso cariño que ellos tenían á Luisa, había de ir á arrebatársela y á usurpar en su corazón el primer lugar, que hasta entónces habían estado seguros de ocupar exclusivamente.

Hay cierto egoísmo, fácil de comprender, en el cariño que profesan los padres á los hijos, aunque parezca extraño, porque las ideas de egoísmo y de cariño se excluyen mutuamente. Los buenos padres guían los primeros pasos de sus hijas de manera que con la edad y la educación lleguen algún día á ser buenas esposas y mejores madres de familia; y sin embargo, cuando se acerca el momento en que un hombre, por digno que sea, va á conducir las al altar, se rebela su amor paternal y sien-

ten que se les hace pedazos el corazón, por mas que el casarse una muchacha no sea cosa tan extraordinaria que no se vea todos los días y á todas horas.

Luisa no habia llegado aun á la edad en que las mujeres corren peligro de escuchar las frases amorosas de un hombre. Mas niña aún de alma que de cuerpo, encontraba todavia encantos en jugar con sus muñecas, á las que vestia y cuidaba con un esmero que indicaba el que tendria con sus hijos si alguna vez llegaba á ser madre de familia.

D. Jorge y su esposa no temian, pues, por su hija, y estaban seguros de que si algun atrevido mozo la requeria de amores, sus pretensiones se estrellarian contra la inocencia y el buen natural de la niña.

Por otra parte, la habian acostumbrado á ver en ellos, mas que sus padres, amigos, hermanos cariñosos á quienes debia confiarles cuanto le pasara; y el cariño extraordinario que le tenian, la indulgencia y la amabilidad con que la trataban, habian hecho que lograran completamente su objeto.

Luisa no tenia secretos para ellos, y especialmente para la señora Franco á la que veia, no con ese respeto ó temor, mejor dicho, que á fuerza de severidad y de desnaturalizado rigor saben imponer los padres vulgares á sus hijos, sino con la consideracion afectuosa que vale cien veces mas, y que inspira ese cariño nunca desmentido de los buenos padres que se revela en todos los casos y que dulcifica extraordinariamente las paternales amonestaciones.

Hay un error generalizado en todo el mundo y que las almas vulgares han preconizado en todos tiempos, que consiste en creer que no hay un cariño mas desinteresado y mas puro que el de los padres hácia sus hijos.

Si se niega el santo nombre de padre á esos seres desnaturalizados que no saben reparar la desgracia que han causado á sus hijos con darles la vida, dulcificando cuanto pueden la existen-

cia á que la satisfaccion de sus pasiones mas ó ménos puras los ha condenado, lo que hemos llamado un error será una verdad innegable. Pero que esos millones de gentes, que han existido y existen en todos los países y en todas las épocas, que aumentan con mortificaciones inauditas, con castigos severos y hasta con golpes y martirios incomprensibles la infelicidad de los que por su causa son peregrinos en este valle de lágrimas, lleven el nombre de padres amantes y desinteresados, cuando deberian llamarse verdugos de la humanidad, y los que dicen que el amor de los padres á sus hijos es el primero, dicen el disparate mas grande que desde que el mundo es mundo se ha cometido.

Madres hemos visto que profanando el santo nombre de tales, ahogan á sus hijos al nacer, pero que les hacen así el único bien que podian esperar de ellas. Otras que martirizan los tiernos cuerpecitos de los niños con golpes espantosos por pequeñas faltas, tal vez porque los inocentes han roto algun objeto de poco valor, y que se ensañan con ellos hasta el grado no solamente de enfermarlos á fuerza de barbarie en sus castigos, sino de injuriosos con palabras que ni siquiera entienden los pobres angelitos.

No ha mucho que nos hemos horrorizado al saber que un hombre que tenia madre y que padecía una cruel enfermedad, estaba condenado á morir como un perro, solo y abandonado, porque la que le concibió con placer, la que le llevó en su seno nueve meses, la que le echó al mundo en una noche de supremo dolor pero tambien de suprema felicidad para las verdaderas madres, no queria dejar las comodidades de que disfrutaba para ir á una miserable habitacion á ser la enfermera de su hijo! De su hijo, que no tenia mas amparo que ella! ¡De su hijo, que en los momentos de suprema angustia tendia los brazos hácia la que debia el sér y encontraba cerrados los que siempre debian estar abiertos para él!

¡Malditas sean las madres que no comprenden la santa mi-

cion que les confió el cielo! ¡Benditas aquellas que como la que nos tocó en suerte, consagran su vida á aliviar las penas de sus hijos, y á fuerza de heróicos sacrificios hacen de ellos hombres independientes y trabajadores, dignas esposas y madres de familia tan buenas y tan santas como ellas!

La educacion de nuestras madres se resiente de la época en que la recibieron; algunas hay todavia que creen que los castigos corporales son necesarios para corregir á los hijos, y con el corazon sangrando, y despues de vacilar entre su cariño y lo que llaman ellas su deber, aplican el castigo para llorar á la par que el pequeño delincuente. Pero tambien ¡con cuánto amor, con cuántas atenciones, con cuántos sacrificios inauditos rescatan despues esa falta en la que no tuvo parte alguna el corazon!

Nosotros recordaremos siempre con un placer mezclado de veneracion lo que un amigo nuestro nos contaba de su buena madre. La educacion de esta señora era antigua, y su hijo, que ya es hoy un hombre, era el chico mas travieso y aturdido que pueda imaginarse. Sus hermanas, acosadas por él, perdian la paciencia, y si no le arrimaban un cosecarron ó un pellizco, le acusaban con la madre, que despues de amonestarle sin fruto, acababa por recurrir al medio, segun ella eficazísimo, del castigo corporal; pero en el momento en que iba á aplicarle, le decía á su hijo:—¿Adónde te pegaré, Ramon, que no te duela?— ¡Cuánto amor, cuánta ternura maternal, cuánta bondad de corazon revelan esas sencillas palabras! La buena señora pensaba que debia castigar al bribonzuelo, pero queria que el castigo fuera eficaz para corregirle, sin humillarle, sin lastimarle, porque no podia comprender que la mision de una madre fuese otra que la de hacer la vida lo mas dulce posible á sus hijos. Por supuesto que nuestro amigo protestaba que no tenia en el cuerpo una sola parte insensible, y el castigo no se verificaba.

Doña Luisa era una buena madre en toda la extension de la

palabra. No tenia mas pensamiento que su esposo y su hija; y éstos, cosa estraña, le correspondian con toda su alma sus atenciones y su cariño. Y decimos cosa estraña, porque por lo comun sucede que los que poseen, como hijos ó como esposos, joyas del valor de Doña Luisa, muy pocas veces saben comprender su precio.

Soledad, que así se llamaba la criada á quien Ramon le habia entregado la carta de Mauricio para Luisa, se habia olvidado de ella completamente, como dijimos al principio de este capítulo, y cuando la niña salió con D. Jorge para ir al colegio, no se la habia dado aún.

Por la tarde, la hija del Sr. Franco volvió del colegio, y se disponia á instalar á sus muñecas en la sala de la casita de madera que poseia, para jugar á que tenian visitas, cuando Soledad entró.

Luisa estaba sola. Su buena madre se hallaba en otra pieza ocupada en los quehaceres de la casa, y en lo que ménos pensaba era en que en aquel momento amenazaba á su hija un mal, que á no ser por la sólida y cariñosa educacion que habia recibido, podia ser de trascendencia.

—¿Niña?—dijo Soledad desde la puerta.

—¿Qué quieres, Soledad?

—Tengo que decirle á usted una cosa.

—Tráeme el silloncito que me compró mi papá. Está en el tocador; voy á sentar á Hortensia que va de visita á casa de Doña Flor. Anda.

La criada obedeció, y volvió á poco con un silloncito de hoja de lata, en el que Luisa instaló á una de sus muñecas en la sala.

—Mira que bien vestida está. Ya le hice su ridículo. ¿Te gusta?

—¡Ah qué niña esta!

—Mira que tirabuzones le he puesto á Doña Flor; parece una viejita de mampara ¿verdad? ¿Vienes á jugar conmigo?

—Si tengo que cuidar mi olla que está en la lumbre. Yo quisiera decirle á usted.....

—Qué cosa?..... Mira, mira qué bonito está este perrito: Se endereza como si hiciera fiestas; mira.....—contestó Luisa haciendo parar sobre sus patas traseras de alambre un perrito de carton en miniatura, con sus lanitas de seda floja.

—Yo quisiera.....

—Por Dios, habla; ¿quieres que le pida licencia á mi mamá para tí?

—Nó, niña.

—Pues qué quieres decirme?

—Que esta mañana un señor.....

—¿Un señor? qué?

—Me dijo..... ¿pero no se enoja usted, niña?

—Vamos ¿qué te dijo? ¿por qué me he de enojar?

—Pero no se lo cuenta usted á nadie?

—Por Dios, Soledad, que me enfadas. ¿Qué fué lo que te dijo?

—No se enoje usted niña; me dijo que le diera yo á usted este papel.

—Un papell!—dijo Luisa asombrada.

Soledad sacó del seno la carta de Mauricio, que no tenia sobrescrito, y se la entregó á Luisa que la vió por todos lados sin abrirla.

—Pero esto es para mí?—dijo al cabo de un rato con extrañeza.

—Sí, niña, para usted; y el señor es muy bien parecido y muy decente.

—Pero ¿qué tengo yo que ver con eso?

—Me dijo que le contestara usted luego luego.

—¿Que le contestara?..... Voy á ver á mi mamá—dijo Luisa cada vez mas admirada.

—No niña, por Dios, se va á enojar la señorita.

—Pero por qué se ha de enojar?

—Me vá á despedir.

—Pues qué has hecho?

—Nada niña, traerle á usted esa carta.

—¿Es malo eso?

—No, niña, pero á la señorita no le ha de parecer bien.

—Si no es malo, á buen seguro que se enoje.

Y Luisa, sin oír las reflexiones de la criada, fué corriendo y saltando á la pieza donde se hallaba su buena madre, á contarle lo que le pasaba.